

hablillas populares, que carecen de todo fundamento. Nosotros podemos hacerlos ver, qu n lejos estamos del ateismo, por los mismos preceptos de nuestra Religion, que no son seguramente invenciones de los hombres, sino que el mismo Dios nos los ha dado y enseñado.

Escuchad algunos de estos preceptos, por donde podais juzgar de los demás:  Amad   vuestros enemigos; hac d bien   los que os aborrecen; orad por los que os persiguen y os calumnian; para que de este modo os podais llamar hijos de vuestro Padre celestial, que hace que su sol salga sobre los buenos y los malos, y que caigan sus lluvias sobre los justos y los injustos.“ (Mat. 5.)

S ame permitido,   Príncipes Filósofos, preguntar ahora; entre esos Gramaticos, esos Filósofos, que exponen orgullosamente su ciencia en medio de sus oyentes,   hay por ventura algunos, que pongan en práctica estos sublimes preceptos; que sepan volver el bien en cambio del mal; amar sinceramente   sus enemigos, y orar aun por aquellos, que maquinan contra su vida?   No se v , por el contrario, que se emplean día y noche en armarles lazos, y tramar su pérdida? De suerte, que hacen ver en un todo, que profesan el arte de bien decir, mas no el arte de bien obrar.

Perú entre nosotros, hallaréis artesanos, ignorantes, mugeres ancianas, que no os demost-

r n, por medio del discurso, la verdad de nuestra doctrina, pero que os persuadir n la excelencia de ella con su conducta. No aprenden de memoria discursos eloqu ntes, porque les basta hacer acciones virtuosas; no se defienden, aunque se vean maltratados; no ponen por justicia   los que les roban sus propios bienes; sino que antes les dan quanto les piden. Finalmente aman   todos los hombres, como   sí mismos.

N. 12. Pues si nosotros no supieramos, que hay un Dios, testigo y juez de todas nuestras acciones,   os parece, que poseeriamos en grado tan eminente la inocencia y la perfeccion? Mas como est mos persuadidos de que el S r Supremo, que ha formado al mundo y al linage humano, es tambien su moderador, hemos abrazado un género de vida, despreciado de la muchedumbre, pero cuyo carácter está fundado sobre la modestia y el amor de los hombres. Nada tememos sobre la tierra, ni aun   la muerte, porque despues de esta vida esperamos la felicidad, que el Supremo Juez nos ha prometido, como premio de la virtud, y con la qual no hay cosa que pueda compararse.

Platón pretende, que Minos y Radamanto juzgarán y castigarán   los malos: pero aun quando ni Minos, ni Radamanto, ni su padre tampoco existan, ninguno podr  libertarse del juicio de Dios.

 C mo!  Ser n tenidos por piadosos y religio-

soy aquellos, que nada ven mas allá de la vida presente; que creen, que la muerte es un profundo sueño, un eterno olvido de todo; y cuyo refrán ordinario es, *comamos y bebamos, porque mañana moriremos*; y han de ser por el contrario tachados de impíos y de ateistas unos hombres, que no hacen aprecio alguno de esta vida, que no fixan la atención sino en la vida futura, en aquella bienaventuranza superior á nuestras expresiones, y á la qual sabemos con seguridad que no arrivaremos, sino es que nos hubieremos conservado puros é irreprehensibles, y hubieremos perseverado en la fe de un solo Dios, de su Verbo, y de su Espíritu, siempre unidos, y sin embargo distintos!

Atenágoras responde luego á las acusaciones, que se interponian contra los Christianos, porque no ofrecian sacrificios á los Dioses, y no adoraban á los ídolos, ni cosa alguna material. El divino arquitecto, dice, el Padre del universo no necesita de sangre, ni de humo, ni de flores, ni de perfumes; de nada necesita, porque todo lo halla en sí. El único sacrificio que le es agradable, y el que nos pide es, que lo reconozcamos por el que ha dilatado los cielos sobre nuestras cabezas, y afianzado la tierra debaxo de nuestros pies, congregado las aguas del mar, separado la luz de las tinieblas, sembrado de astros el firmamento; que ha hecho brotar del seno de la tierra toda especie de plantas, ha cria-

do todos los animales, y formado al hombre á su imagen: y que le adoremos como al que conserva y rige todas sus obras, y elevemos hácia él las manos puras. Este es un sacrificio, que borra todos los hecatombas. Dios pide una víctima no sangrienta; pide un culto iluminado y racional (a).

Atenágoras realza las contradicciones y extravagancias de la Religion Pagana. Si nosotros, dice, somos impíos, porque no tributamos adoración á vuestros Dioses, todas las demás Naciones, que adoran Dioses diferentes, serán tambien impías.

N. 15. Luego demuestra, quán absurda cosa es adorar una materia pasiva é inanimada. ¡Qué! ¿Porque haya un gran número, que confunde á Dios con la materia, y adora vanos simulacros; nosotros, que sabemos distinguir á Dios de la materia, lo que es increado de lo que ha sido criado, lo que es de lo que no es; nosotros, repito, hemos de incurrir en una ceguedad tan grosera? ¿Pasarémos por impíos, porque no ado-

(a) No hay necesidad de guiendo en esto el espíritu que yo haga notar aquí la y uso de la Iglesia en aque- prudente reserva del Apolo- llos primeros siglos, reve- gista de la Religion, el qual larles el secreto de nuestros se vale precisamente de las Misterios, por no exponer- luces de la razon, quando los á las blasfemias y á la habla con los Paganos; y burla de los ciegos adorado- evita cuidadosamente, si- res de los ídolos.

rámos la piedra, el oro, y la plata, como si fueran Dioses? ¿No distinguís vosotros mismos al obrero de la obra, al alfarero del vaso de tierra? ¿No alabáis también y honrais al artista por la industria y el primor con que ha manejado la materia? Pues sabéd, que el mundo no debe, sino á Dios solo, la hermosura y magnificencia, que nos arrebatan: y si nosotros pudiéramos mirar al mundo como á un Dios, ni tendríamos siquiera las primeras nociones de la Divinidad; porque igualáramos una materia vil y perecedera con el Sér eterno.

N. 16. Ninguno de vuestros vasallos se dexa deslumbrar de la magnificencia de vuestros palacios, hasta el extremo de tributarles sus homenajes, y encaminar hácia ellos sus peticiones. ¿Cómo es, pues, que se hallan hombres, que olvidan á su autor y al del mundo entero, y pros tituyen sus adoraciones á este mismo mundo, que no es tampoco sino el palacio y la obra de Dios? Y si yo no puedo adorar al mundo, ¿cómo podré tampoco adorar las obras de los hombres?

N. 17. hasta 31. Atenágoras prueba que los nombres, así como también los simulacros de los Dioses, obras de los hombres, son recientes, y que no puede referirse el culto de los simulacros á los Dioses de los Paganos, porque no son Dioses. Ellos han sido criados, como confiesan los Poetas y los Filósofos, han tenido un principio; luego son perecederos, y por consiguiente no son

Dioses. Atenágoras encarece luego las pasiones, los desórdenes y los crímenes de los Paganos: sostiene que los Demonios han precipitado á los hombres en la ceguedad y en la idolatría, y que los engañan por medio de prestigios y falsos prodigios. Hace notar, que segun los historiadores y los poetas, los Dioses han sido originariamente hombres. ¿Y cómo de hombres han podido pasar á Dioses? Porque puesto que nacióron, debiéron necesariamente morir, y en esto están conformes los Autores Paganos.

En una palabra, ó lo que refieren vuestros poetas y vuestros historiadores, acerca del nacimiento, de las pasiones y de los desarreglos de los Dioses, son otras tantas fábulas; ó todo esto es conforme á la verdad. En el primer caso, ¿qué apoyo tiene el culto que se tributa á esos Dioses? En el segundo; luego esos Dioses no son sino hombres, y hombres dignos de desprecio y de horror; ó por mejor decir, no son nada, porque si nacióron como los demás hombres, debiéron también morir como ellos. Ni hay que recurrir á las alegorías para salvar la infamia del Paganismo; porque si Júpiter, por exemplo, no es otra cosa que la materia del fuego, segun los Estóycos, Juno el ayre, Neptuno el agua; es constante, que todos estos elementos, que reconocen por autor al Criador del Universo, no son Dioses; y ni siquiera podrian subsistir, ni entrar en la composición del mundo, si no fue-

ra por orden de la providencia de Dios. Luego no porque nosotros nos resistamos á adorar unas Divinidades de esta especie, somos Ateistas: porque adorámos al único verdadero Dios, Criador del universo, con su Verbo y con su Espíritu (a).

N. 31. II. Atenágoras pasa á la acusacion de incesto. Yo creo, dice, que lo hasta aquí dicho basta, para que los Christianos queden suficientemente justificados de los crímenes, que se les imputan. No es otro el fin de todas estas imposturas, que el hacernos odiosos, y mantener siempre pretextos para perseguirnos. De este modo han sido perseguidos en todos tiempos los Filósofos, que enseñaron la verdad, y por este medio se dió la muerte á Sócrates.

Vosotros no poneis duda en que unos hombres, que se proponen á Dios por regla y por modelo, y que están resueltos á conservarse pu-

(a) Hablando de los Angeles, propone Atenágoras algunas opiniones singulares, que manifiestan que no tenia ideas exáctas de su espiritualidad: *Ex his Angelis virginum amatoribus nati sunt gigantes seu Demones*. Estos mismos errores se encuentran en algunos Escritores antiguos, antes y despues de Atenágoras, como por exemplo en San Justino: pero una vez que con el trascurso del tiempo han sido olvidados, sería inútil que nos detuviésemos á ventilarlos y combatirlos. Basta decir, que los Angeles y los Demonios son por su naturaleza puros espíritus, y que todo lo que lleva la idea de materia, de generacion humana, ó de qualquiera composicion, no puede en manera alguna con-

venirles.

ros é irreprehensibles á sus ojos, son capaces de huir hasta de los pensamientos criminales. Si nosotros no conociéramos otra vida, que la presente, podría sospecharse que nos dexabamos llevar de la carne y de la sangre, y que nos entregabamos á la avaricia y al deleyte: pero estando persuadidos, como lo estamos, de que Dios está presente dia y noche á todas nuestras acciones, que es todo luz, que vé hasta en el fondo de nuestros corazones, y que si salimos inocentes de esta vida, nos uniremos á él en el Cielo, en donde gozaremos de una vida incomparablemente mas dichosa, pues no estaremos sujetos al dolor, ni á alteracion alguna, y si por el contrario seguimos el exemplo de los malos, seremos precipitados con ellos á las llamas eternas; ¿es en manera alguna verisimil, que con todo conocimiento prefiramos el ser criminales, y caer en las temibles manos del Juez supremo?

N. 32. No por cierto. Mas no sería extraño, que los adoradores de los Dioses nos atribuyesen los mismos desórdenes, que ellos ensalzan en sus Dioses, cuyas pasiones y placeres licenciosos son para aquellos otros tantos misterios.

Por lo que hace á nosotros, estamos tan lejos de semejantes desbarros, que ni siquiera nos permitimos una mirada acompañada del deseo. Aquel, dice nuestro divino Maestro, que ha mirado á una muger con deseo del crimen, ya lo ha cometido en su corazon. (Matt. 5.) ¿Y cómo podría-

mos dexar de ser castos é irreprehensibles nosotros, que nos servimos de los ojos con tanta cautela, que no los creemos destinados sino para iluminar los cuerpos, y que esperamos un dia en que tendremos que dar cuenta de todos nuestros pensamientos? Porque la Ley, que nosotros observamos, no es como las leyes humanas, de las quales pueden substraerse los malos, sino que nos ha sido dada por el mismo Dios; y esta divina Ley arregla todas nuestras obligaciones para con el próximo. Segun la diferencia de las edades, nosotros consideramos á unos como á hijos nuestros, y á otros como á nuestros hermanos y hermanas, y á los que son mayores en edad, los honramos como á nuestros padres y á nuestras madres. Nosotros nos imponemos tambien una obligacion capital de conservar la inocencia de aquellos, á quienes miramos como nuestros parientes.

N. 33. Como estamos de continuo alimentados de la esperanza de la vida eterna, miramos con sumo desprecio esta vida fugitiva, y hasta los placeres del espíritu. No nos casamos, segun vuestras leyes, sino con el objeto de tener hijos; seguimos el exemplo del labrador, el qual despues que ha confiado la semilla á la tierra, espera con paciencia el tiempo de la siega. Y aun encontraréis entre nosotros muchas personas de uno y otro sexô, que envejecen en el celibato, con la esperanza de que por este medio se unirán á Dios mas estrechamente.

N. 34. A esta pintura de la castidad de los Christianos opone Atenágoras las desarregladas costumbres de los Paganos, los quales quisieran encontrar cómplices entre los Fieles, y se abandonan á toda suerte de crímenes y placeres contra la naturaleza, imitando en esto á sus mismos Dioses.

III. Responde finalmente Atenágoras á la última acusacion, de *que los Christianos comian carne humana*. ¿Contra quienes, dice, se encarniza la calumnia? ¿Quiénes son acusados de homicidios y de crueldades contra la naturaleza? Unos hombres, que ni siquiera pueden defenderse, quando son ofendidos, ni pueden dexar de bendecir al que los maldice: porque no satisfechos con la simple justicia, que consiste en pagar en la misma moneda, aspiran todavía, y se proponen ser buenos y sufridos.

N. 35. Preguntese á nuestros acusadores, si hablan como testigos oculares: no habrá uno siquiera tan impudente que lo asegure. Algunos hay entre nosotros, que tienen esclavos, de quienes no era facil que se ocultáran; pero ninguno de estos esclavos puede haber inventado semejantes calumnias contra nosotros.

¿Y cómo es posible, que seamos acusados de que matamos, y comemos á los hombres, quando ni aun nos está permitido asistir á las ejecuciones de los criminales? ¿Quien hay que no tenga aficion á los espectáculos de los gladiado-

res y de las bestias? Solamente nosotros, que los miramos con horror, porque estamos persuadidos de que apenas hay diferencia alguna entre mirar con complacencia las muertes, y cometerlas. Pues unos hombres, que proceden con tan escrupulosa delicadeza, ¿es creible, que habian de ir á manchar sus manos con la sangre de sus semejantes? Nosotros reputamos por homicidas á las mugeres, que procuran el aborto, y creémos que serán castigadas en el tribunal de Dios; ¡y podríamos degollar á los hombres! Nó, no es posible, que unos hombres que creen, que Dios cuida del infante encerrado en el vientre de la madre, y que venga con severidad su muerte, crean que pueden matarlo á sangre fria: ni es posible tampoco, que unos hombres, que se tendrian por parricidas, si expusieran sus hijos, sean capaces de darles muerte, despues de haberlos ya criado. En una palabra, nosotros siempre caminamos de acuerdo con nosotros mismos, y con los principios de la razon.

N. 36. Por otra parte, ¿se puede presumir, que los Christianos, que creen la resurreccion de los cuerpos, se alimenten de estos mismos cuerpos? Pero los que ni creen en la resurreccion, ni en el juicio de Dios, sino que piensan por el contrario, que el alma muere con el cuerpo, no sería extraño, que hallandose sin freno alguno que los contenga, se abandonasen á toda especie de delitos. Por la razon contraria, los que están

persuadidos de que todo se hará patente en el juicio de Dios, y que el cuerpo participará del castigo del alma, despues de haber sido el instrumento de sus desórdenes y de sus placeres criminales; es verisimil que se abstendrán aun de las culpas mas leves.

Si parece quimérico, que unos cuerpos reducidos á corrupcion y polvo sean restituidos á su primer estado, por lo menos no se nos podrá tachar sino de demasiada credulidad, y á nadie causarán perjuicio nuestras opiniones. Sin embargo, hay muchos Filósofos, que piensan como nosotros, acerca de este punto; pero no es este lugar oportuno, para que nos extendamos sobre esta materia. Dexemos esta discusion para otro tiempo (a).

N. 37. Por lo que hace á vosotros, ó Príncipes, llenos de bondad, de moderacion y de humanidad, qualidades que debeis mas á la naturaleza, que á la ciencia; supuesto que he rechazado todas las calumnias que se intentan contra los Christianos, supuesto que os he convencido de nuestra inocencia y de nuestra piedad hácia Dios, dignaos ahora sernos favorables. Nuestros mas ardientes deseos no tienen otro objeto que á vosotros, para que el Hijo suceda felizmente al Padre, y vuestro Imperio se consolide y extien-

(a) Parece que Atenágoras *la resurreccion de los muertos*, se refiere aquí á su *Tratado de* que todavía conservamos.

da de día en día. Nosotros mismos nos interesamos en vuestra prosperidad , porque de este modo podremos pasar nuestros días en paz , y volar sin riesgo ni obstáculo á qualquiera parte que nos enviáreis.

Fin de la Apologia de Atenágoras.

ellos á corrupción y polvo sean restituidos á su
píctici estado , por lo menos no se nos podrá
rechazar sino de deprecadas creencias , y á parte
causar in perjuicio nuestras opiniones sin embargo
hay muchos filósofos que nos ven como noso-
tros , acerca de este punto : pero no es que in-
gan equívoco , para que nos cruciáramos sobre
esta materia. Dejamos esta discusión para otro
tiempo (a).

N. 37. Por lo que hace á vuestros , ó Fracia-
les , llenos de bondad , de moderación y de hu-
manidad , cualidades que debéis más á la man-
tenencia , que á la ciudad ; supuesto que he rechazado
de todas las calumnias que se intentan contra los
Christianos , supuesto que os he convencido de
nuestra inocencia y de nuestra fidelidad hacia Dios,
dignos ahora sernos favorables. Nuestros más ar-
dientes deseos no tienen otro objeto que á vo-
sotros , para que el Hijo suceda felizmente al
Padre , y vuestro Imperio se consolide y extien-
(a) Tal vez que Atenágoras se refería á las muchas
escribas que á su tratado de " que todos los cristianos "

APOLOGIA
DE TEÓFILO DE ANTIOQUIA

ADVERTENCIA.
Testis , que...
**APOLOGIA
DE TEÓFILO.**

Antioquia , por los años de 168 , á 169 de Je-
su-Christo , y gobernó en la sazón de su
prudencia y acie , por espacio de trece años.
Según Néstor , escribió muchas obras en fa-
vor de la Religión , de las quales hacen men-
ción Eusebio y San Gerónimo , pero no nos
ha quedado más que un libro de cartas , en
el que se ve que era un hombre de gran
talento , y que se le atribuyen algunas
obras , que se le atribuyen á él. El Emperador
Constantino , y á la sazón de su gobierno
se le atribuyen algunas obras , que se le atribuyen
á él. El Emperador Constantino , y á la sazón de su
gobierno se le atribuyen algunas obras , que se le atribuyen
á él.